

Brillante cual lucero vespertino
Tu alma, que pura á su morada sube
Rasgando el velo de enlutada nube.

Esa alma que pasó,
Como meteoro en luminoso vuelo,
Y la tierra cruzó,
Un tesoro ganando para el cielo;
Tesoro de virtudes, cuyo aroma
Lo libra del orin y la careoma.

¿Y qué nos deja el mundo
Al hollar nuestra planta sus abrojos?
Desengaño profundo,
Luto en el corazón, llanto en los ojos,
Alhagador engaño, humo por gloria
Y un puñado de tierra por memoria.

Allí nos ha dejado
La parca con el golpe mas violento,
La mitra y el cayado
Sobre ese grave y triste monumento,
Y del que fué, Zamora, tu decoro
Hecha pedazos la corona de oro.

¿Mas qué son los despojos,
Inútiles trofeos que muerte insana
Hoy ostenta á mis ojos,
Si con mi Redentor vives mañana?
Muere el cuerpo ¿qué importa si al momento
Tu alma se eleva al almo firmamento?

Descansen pues en paz
¡Oh restos de mi padre venerados!
No los veré jamás,
Sino en el día tremendo reanimados.
Tu alma ha volado á conquistar la gloria;
Pero en el mundo queda tu memoria.

JESUS PLANCARTE.

Fornada razón

HONRAS FUNEBRES

DEL ILLMO. SR. DR. D.

JOSE ANTONIO

DE LA PEÑA Y NAVARRO,

PRIMER OBISPO DE ZAMORA,

VERIFICADAS EN ESTA STA. IGLESIA CATEDRAL

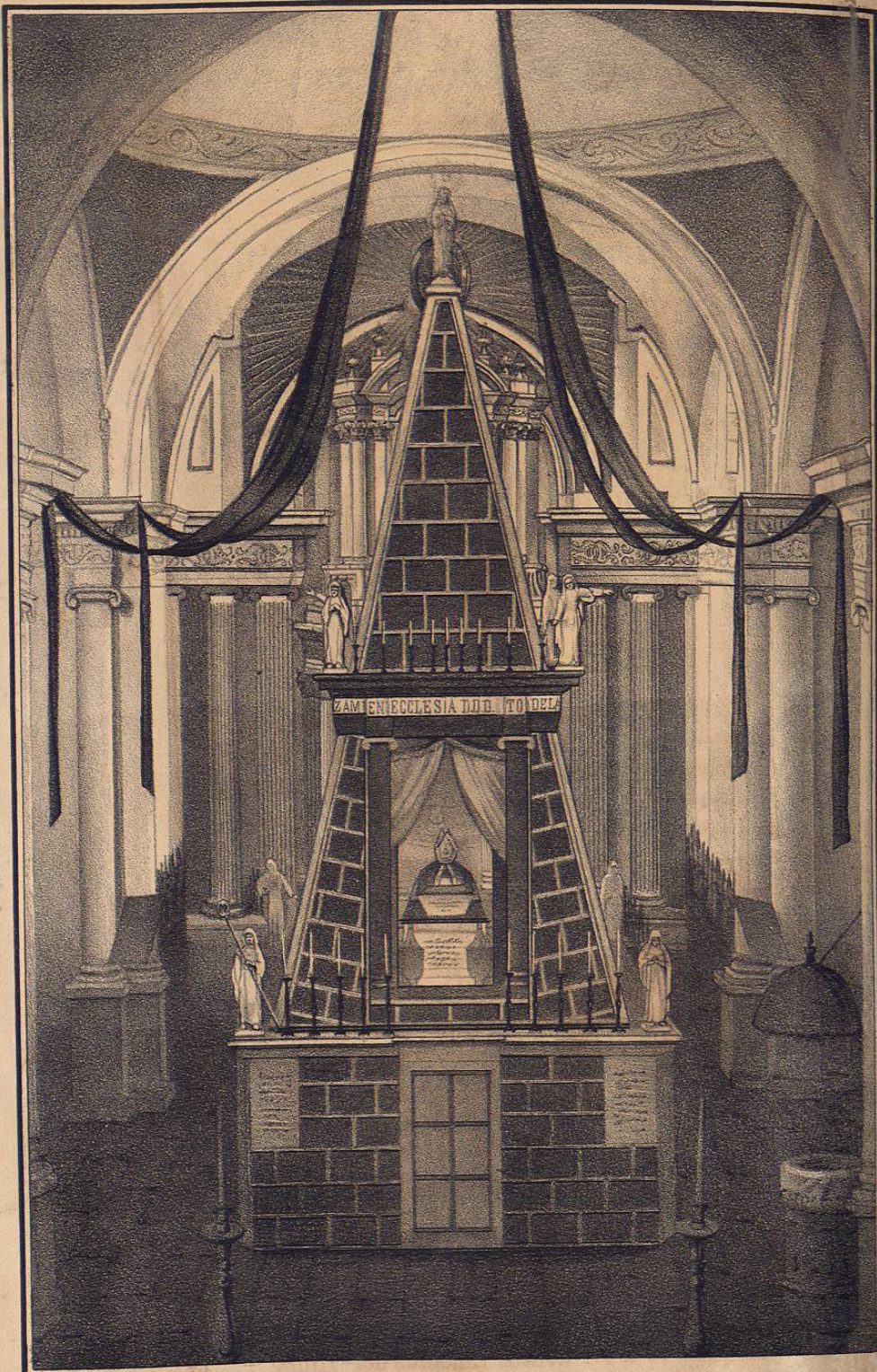
EN LOS DIAS 12 Y 13

DE OCTUBRE DE 1877.

ZAMORA:

Imp. de J. M. Torres Maldonado.

1877.



Interior de la Santa Iglesia Catedral de Zamora en las honras fúnebres, que el V. Cabildo hizo al Illmo. Sr. Obispo Dr. D. José Antonio de la Peña y Navarro, en los días 12 y 13 de Octubre de 1877.

ORACIONES Y LÁGRIMAS

DESCRIPCION DE LAS HONRAS FÚNEBRES

**Del Ilustrísimo Sr. Dr. D.
J. ANTONIO DE LA PEÑA Y NAVARRO
DIGNÍSIMO PRIMER OBISPO
DE ZAMORA.**

En los días doce y trece del presente el pueblo zamorano ha acudido presuroso al primer templo de la ciudad, para orar y para llorar. El concurso espontáneo de tantos fieles es una alta manifestación pública de lo que valía sobre la tierra el ministro esclarecido, el sacerdote angélico y el Prelado dignísimo sobre cuyo sepulcro se han derramado tantas lágrimas, y se han esparcido tantas flores. En esos días solemnes, la ciudad entera recordaba á nuestro venerable Obispo difunto, y pedía fervorosamente al cielo por el eterno descanso de su alma.

Estaba tristemente esplendoroso en los días á que nos referimos, el precioso interior de nuestra Santa Iglesia Catedral con su única nave de buen gusto, con sus columnas elegantes que sostienen su cúpula atrevida, y con sus bellos altares vestidos de blanco y oro. Con el corazón palpitante y con el alma bañada en fé, hemos asistido, con profundo respeto, y con un dolor positivo á las honras fúnebres del Illmo.

Sr. Dr. D. José Antonio de la Peña y Navarro, dignísimo primer Obispo de Zamora. El justo tributo de nuestras oraciones y de nuestras lágrimas, ha subido al cielo para bendecir la buena memoria del que innumerables veces nos tendió amistosamente su mano bondadosa, que besamos con profundo respeto, y con un amor verdaderamente filial. Ese anciano sacerdote nos bendijo y oró fervorosamente por nuestros inolvidables padres difuntos, y es muy justo por lo mismo pagarle en estas cortas líneas, puesto que no podemos mas, una deuda de gratitud, que no se ha borrado, ni se borrará jamás del libro de nuestro corazón.

La Santa Iglesia Catedral reconstruida y sostenida por su celo evangélico estaba inundada, en los días á que nos referimos, de esa luz lánguida y melancólica que ilumina dulcemente los tristes recuerdos; los altares levantados por su mano bienhechora dejaban ver sus enlutadas y pálidas antorchas; los muros de ese templo que vacilaba, y que su fuerza de voluntad sostuvo, ostentaban sus enlutados crespones, en señal de amarguísimo duelo, y el pavimento mismo, que construyó su afán incansable, estaba cubierto de mil flores cinerarias, regadas con abundantísimas lágrimas. Todo demostraba el gran duelo del gran templo y de la huérfana ciudad. La esposa lloraba al esposo, y el cielo recibía benigno ese incienso consolador de gratitud, de amor, de caridad y de fé.

En el presbiterio y bajo la bóveda del crucero enlutado, hemos visto y admirado un grandioso catafalco, que costó una suma no despreciable, y que fué levantado espresamente para la fúnebre ceremonia. La obra era severa y digna de su triste y glorioso objeto, y en su tamaño colozal estaba, perfectamente iluminado

el colorido del mármol negro con sus blancos jaspes naturales. El artista comprendió perfectamente el pensamiento de duelo de los dignos capitulares, que escribieron en ese túmulo querido su gratitud, su respeto y su amor profundo al dignísimo Obispo, cuya memoria es y será siempre grata en los fastos de la Iglesia y de la República. Ese túmulo ostentaba, en elegantes letras, octavas alucivas á su doliente objeto, y estaba sembrado de esas máximas y sentencias consoladoras, que han atravesado los siglos para no morir nunca; bellas estatuas, que representaban las principales virtudes del difunto, decoraban el peristilo y los ángulos salientes de ese túmulo respetado y admirado por millares de personas, que concurrieron y amaron al inolvidable Obispo. El pueblo que con lágrimas abundantísimas salió de esta ciudad, hace tres meses, para recibir en Jaena los venerables restos del Illmo. Sr. Peña, ese mismo pueblo llenaba la Santa Iglesia Catedral, en los dias doce y trece del presente, y levantaba sus oraciones á Dios vertiendo lágrimas de verdadero dolor. ¡Cuán grato es el recuerdo de los que dejan sobre la tierra un lampo de luz! ¡Cuán grata es la memoria de los que duermen el sueño de los justos, en el seno del Señor! El Illmo Sr. Peña es muy digno de ese grandioso recuerdo, y la ciudad y la Iglesia han cumplido en estos dias con su sagrado deber. Cuando todo concluye sobre la tierra, la gratitud queda sobre el mundo, para demostrar á las generaciones venideras, que no son estériles sobre el campo del infortunio, el trabajo del sábio, la virtud del bueno y la esperanza del justo.

Dió principio el Oficio á difuntos de las